

EL CURA DE BOISÁN

Felipe Amigo Quirós

En los números correspondientes a septiembre y octubre de 1960, la revista Caza y Pesca publicó en dos partes un artículo de Felipe Amigo Quirós sobre el Libro de pescar truchas a caña, de Francisco Martínez y Martínez, cura de Boisán. Se trata de una de las escasas monografías sobre la pesca de la trucha editadas durante el siglo XIX en Europa. Es también un libro del que no se conoce actualmente la existencia de ningún ejemplar, aunque Clemente Bravo Guarida habló a principios del siglo XX de uno conservado en la Biblioteca Pública de León. Además, sabemos poco acerca de su contenido, tan sólo transcripciones de algunos de sus párrafos de Bravo Guarida y Amigo Quirós; las de éste último, en el artículo citado. Pensamos, por todo ello, que es interesante reproducirlo.

Libro de pescar truchas a caña. Francisco Martínez y Martínez. León, imprenta de Manuel G. Redondo, 1873

Francisco Martínez y Martínez había nacido en el pueblecillo de Boisán, en el corazón de la maragatería leonesa, a los pies del imponente Teleno, tan admirado y temido por él en sus años infantiles. Precisamente por su falda corría, producto de los deshielos que se gestaban en sus glaciares, un riachuelo que enriquecía con agua cristalina y fría el caudal, aún exiguo, del río Duerna, que pocos kilómetros antes había iniciado sus primeros pasos.

Francisco recordaba las noches oscuras de invierno, cuando el vendaval golpeaba la lluvia contra los cristales del ventanuco de su habitación y las aguas del río crecían, crecían impetuosas produciendo un lúgubre ruido, que le impelía a arrebujarse, temeroso, en las ropas del lecho, y que luego, lentamente, iba adormeciendo su conciencia. Después, por la mañana, aún entre sueños, oía el ir y venir de las gentes chapoteando con las almadras en el barro, prestosas y alarmadas, reparando los daños que la riada nocturna había ocasionado en cercados y corrales.

El sabía que esto era el preludio de una diversión que le entusiasmaba presenciar, acompañando a alguno de los mozos del pueblo que eran diestros en tales menesteres: la captura de truchas con amplias redes, que, hábilmente manejadas, hacían su agosto al amparo de la riada, de las aguas revueltas.

El muchacho sentía una profunda inclinación por todas las cosas del río: por su fauna, por su flora, por su peculiar topografía, que él conocía detalladamente a través de sus correrías estivales acompañado de otros arrapiezos, no menos diestros en apresar alimañas lacustres y fluviales y alguna que otra trucha adormecida al socaire de una piedra.

Todas estas cosas y muchas más recordaba ahora con nostalgia Francisco, sentado en uno de los bancos del amplio patio, mientras sus compañeros de seminario aprovechaban las horas de recreo para dedicarse a sus juegos favoritos.

Su entusiasmo y cariño hacia la Naturaleza, en cuya plenitud vivió los primeros años de su vida, fueron vehículo seguro en su acercamiento hacia Dios. Sintió muy pronto la vocación religiosa, y siguió la carrera sacerdotal en el seminario de Astorga, capital de la comarca. Mas su afición a la pesca no decayó nunca, y por eso procuró siempre regentar parroquias ribereñas, donde le era dado dedicarse por entero al río en sus ratos de ocio.

Ello le permitió realizar numerosos experimentos y observaciones que le proporcionaron la gran experiencia que indudablemente llegó a poseer, y que se decidió a verter en una modesta obra publicada en León en el año 1873, en

la que se refleja el entusiasmo, no exento de ingenuidad, de tan bondadoso cofrade.

Fueron -debieron ser- experiencias directas, sin influencias ajenas, o, cuando menos, tal parece apreciarse en las consideraciones que hace. Pasemos ahora a comentarlas.

Pesculio -afirma, de entrada, sin pestañear, este entusiasta presbítero- *es el arte de pescar*. He aquí una definición inédita de la haliéutica, cuyo estudio etimológico nos agradecería poder realizar cumplidamente.

Se divide -prosigue- *en siete tratados siguientes: 1- Con respecto al pescador. 2- Con respecto a la pesca. 3- Con respecto al tiempo. 4- Con respecto a los instrumentos. 5- Con respecto al cebo. 6- Con respecto a las aguas; y 7- Con respecto al modo de pescar.*

Primeramente, con respecto al pescador, su vida es penosa, por el mal piso que hay a las orillas del río, los prados aguados, arroyos que tiene que pasar y hacerse con el cebo propio con que ha de pescar y las horas incómodas en que debe de ser. El pescador de caña comenzará río abajo para poderse librar de la vista fija y penetrante de las truchas, porque así como el cazador se guarda lo posible de la vista de la caza hasta que no la mata, así también el pescador se ha de librar de la vista de la pesca.

Cuando el pescador de caña observare que otro pescador va delante de él pescando, se sentará o irá a principiar a pescar a otra parte de arriba del río, hasta que transcurra lo menos una hora, porque las truchas que se han de coger al anzuelo son solamente las que están aliando (?) en el agua esperando los mosquitos y demás alimentos propios, y si antes ven al pescador que al anzuelo, se retiran a las cuevas, donde están atemorizadas por el miedo que les inspira el pescador, y por consiguiente, no se cogerán.

Prudentes y elementales medidas que no a todos los que pisan las riberas de los ríos preocupan o saben cumplir, porque es gran error el creer que su observancia no ejerce influencia alguna en el resultado final de una jornada de pesca. Cualquier aficionado que se estime sabe por experiencia que en determinada clase de cauces no solamente es conveniente, sino decisivo, ir pescando río arriba, de cara a la corriente, evitando situarse dentro de la zona visual del pez.

Izaak Walton cometió, sin duda alguna, grave error al recomendar en su célebre libro *El perfecto pescador de caña*, que debe pescarse *hacia abajo de la corriente*. En aguas de montaña, limpias y batidas, donde los cauces no

son ciertamente de gran anchura, el pescar a favor de la corriente equivale a ir alertando la fauna.

El mayor enemigo del pescador es, pues, el exceso de visibilidad, y el viento en algunos casos. Si sois un poco observadores -y sí debéis de serlo, pues, de lo contrario, no conseguiréis nada en pesca-, os daréis cuenta que los mayores fracasos -todos fracasamos alguna vez- de la temporada se producen precisamente en días de luz excesiva, de luminosidad denunciadora, que le sitúa a uno en inferioridad ante el pez. Hay que alejarse de su *vista penetrante*; y obsérvese también cómo nuestro buen sacerdote recomienda que cuando otro pescador va delante debe guardarse una prudencial distancia; y esta precaución ha de extremarse -añadimos nosotros- cuando el que nos precede utiliza la cucharilla como cebo, artilugio éste que más alarma en las aguas por su largo recorrido y la sonoridad que transmite.

Con frecuencia nos ha sucedido en nuestras pesquerías por zonas montañosas arribar a un tramo de río y lanzar el cebo en lugares donde positivamente sabemos que existe pesca en abundancia, y extrañamos no sentir ni una sola picada, cuando debíamos haber obtenido ya capturas, y la explicación la hemos hallado poco después al observar que otro u otros pescadores nos habían precedido en nuestro empeño.

Para poder pescar truchas a la pluma han de estar los días nublados y con algunos vientos suaves, y si lloviese o nevase algunas gotas de agua; serán mucho mejores días de pesca.

Es teoría muy difundida, harto comprobada y de elemental conocimiento entre las gentes del río que cuando más oscuro se presente el día mayores posibilidades de captura existen para la trucha. Y hacemos esta aclaración de que *para la trucha*; porque las especies inferiores no son tan susceptibles a los cambios de tiempo y ambientación como los salmónidos.

La cosa, en principio, no requiere análisis de ningún género, puesto que la ventaja estriba, como acabamos de decir, en la menor apreciación visual de la trucha, y por tanto, en que el engaño y el pescador se hacen menos perceptible.

Mas conviene discriminar ahora por qué interesan los vientos suaves, las gotas de lluvia o los copos de nieve; es decir, la influencia que esto pueda tener en el buen resultado de la pesca de la trucha con insecto artificial. Es evidente que todos los que practicamos con asiduidad la pesca fluvial contamos en nuestro haber con excelentes *pescatas*, llevadas a cabo precisamente cuando concurría alguna de las circunstancias atmosféricas antes citadas. Recordamos, al correr de la pluma, ocasiones en que, principiando a nevar o produciéndose una tormenta de gránizo durante la primavera, con vientos fríos, las truchas mostraban una voracidad desusada, y conseguíamos pescar con abundancia, logrando incluso algún que otro «doblete» con aparejo de mosca sumergida. Y no hay que confundir este tipo de tormentas con las clásicas tormentas de verano.

¿Debe entenderse, entonces, que cuando brilla el sol y el cielo está despejado no es posible capturar truchas con mosca artificial? A nosotros, desde luego, no nos gusta un pelo, sobre todo en determinados meses de la temporada que brille el sol y el cielo esté completamente despejado. Preferimos, para la mosca ahogada, los días oscuros, brumosos, con ligeras brisas, con lluvias intermitentes, con variaciones de luz; con alteraciones barométricas, en suma.

En realidad, y esto responde a principios científicos in-



Fresco románico en el que aparece una trucha comiéndose un pato, en una ermita del valle de Boí, Lérida

mutables, la pesca de la trucha con mosca artificial está siempre supeditada a la mayor o menor importancia, cantidad y calidad de las eclosiones de los insectos cuya metamorfosis se desarrolla en el seno de las aguas. Y decimos *calidad*, porque no todas las especies que emergen excitan por un igual la gula de las truchas.

Los nacimientos se producen diariamente casi todo el año en mayor o menor cuantía, y en ello influye, como es consiguiente, la temperatura ambiente, que, a su vez, influye en la de las aguas, aunque más todavía la procedencia de éstas. A veces el día es bueno, el agua fría o de nieve; a veces templado el día y el agua con *color* normal, la luminosidad en su punto. De todas formas, creemos que lo más decisivo es la presión barométrica.

Estas eclosiones de los cebos alados no son, por lo tanto, uniformes ni tampoco igual su manera de comportarse fuera del agua, en estado de imago. Por eso las *poses* que hacen en la superficie no son siempre las mismas, y por eso también es menester observarlas, para proceder en consecuencia; para intentar imitarlas. Estas y otras particularidades desorientan al pescador principiante. Porque sabréis que los insectos no son devorados por las truchas solamente cuando vienen de *arriba*, sino que, a veces, se ceban con ellos entre aguas, más bien hacia el fondo, bien antes de sufrir la metamorfosis completa, aun en estado de crisálida; bien ya cuando son arrastradas por la corriente las hembras que, cumplida la misión reproductora, han depositado sus huevos en el agua y sucumben en el mismo elemento que las vio nacer.

Pero de esto y de otras cosas trataremos en próximos artículos, en nuestro intento de glosar los conocimientos fluviales del cura de Boisán.

(Continuará.)